

Adolfo DC

INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DEL PDC
ADOLFO ZALDIVAR LARRAIN EN FORO ICARE

Intentar responder la pregunta que nos hace ICARE, al convocarnos a este evento, sería actuar irresponsablemente. Lo más probable es que quien pretenda, en política, oficiar de oráculo tenga que, con el transcurso del tiempo, acomodar sus dichos y justificar sus predicciones.

No hay una actividad más voluble y expuesta a las circunstancias que la política; por eso intentaré dar mi visión de lo ocurrido en el quehacer político del último tiempo, su influencia en las condiciones actuales y el cómo nosotros estamos procediendo y procederemos a futuro; a lo menos espero tener en eso cierto grado de certeza.

Las proyecciones correrán por vuestra cuenta y de los analistas y comentaristas especializados, a quienes, por cierto, vale la pena oír y seguir en sus elucubraciones.

Para entender la política y quienes la hacen, en su real dimensión e impacto, debemos reconocer dos condiciones que les son inherentes pero contradictorias: La nobleza de perseguir el bien común y el sino de hacerlo sometido a las debilidades y pasiones del ser humano. Las cosas andan bien cuando la mayoría se mueve por lo primero y se trastoca todo cuando quedamos a merced de lo segundo.

Un tercer elemento determinante de la acción política son las circunstancias y su ámbito que condiciona, limita o potencia a los hombres y mujeres que la practican. Por tanto más que criticar a la política y a los políticos en sí, las sociedades deben interrogarse porqué producimos, generamos ó elegimos a determinados dirigentes. O sea, el entorno que un país se da en términos valóricos, educativos y éticos es determinante para forjar la calidad moral de quienes lo conducen. Y eso es válido también para todos quienes tienen responsabilidades en la sociedad: profesores, sacerdotes, periodistas, artistas, militares, jueces, empresarios, dirigentes sociales y gremiales. En suma toda la comunidad.

Permítanme un paréntesis que ilustra lo anterior. La fuerza de las circunstancias y su entorno queda de manifiesto en grandes hitos. El más clásico es el paralelo entre Atenas y Esparta; sociedades diametralmente distintas pese a su similitud geográfica, humana y en una misma época.

La primera abierta, tolerante y liberal, que trasciende como cuna de la democracia moderna. La otra cerrada, rígida, ascética y autoritaria. Los líderes de ambos estados fueron consecuencia de ellas y no escaparon a sus circunstancias. Atenas nos lega una pléyade de hombres, donde refulgen políticos, filósofos y artistas como Pericles, Aristóteles y Fidias; en tanto Esparta entregó para la admiración póstuma a héroes militares como Leonidas.

El preludeo de los tiempos modernos nos enfrenta a dos procesos que tendrán profunda significación en las sociedades donde se desarrollan, cuyas circunstancias marcarán a fuego a los dirigentes contemporáneos y a las futuras generaciones.

Francia, el más poderoso estado nacional de su tiempo se vio envuelto, a fines del siglo XVIII, en uno de los procesos políticos y sociales más profundos de la historia occidental, que culminó en una revolución sangrienta y totalmente fuera de control, que marcaría y condicionaría a sus políticos, entre ellos desde un Robespierre hasta nada menos que un Napoleón Bonaparte e incluso su influencia iría más allá de sus propias fronteras.

En tanto Inglaterra, a comienzos del siglo XIX, vivió la denominada revolución industrial que trajo consigo grados de eferescencia, drásticos

cambios económicos y sociales, pero que fueron encauzados en un proceso de evolución política. Ese proceso determinó el curso del imperio británico hasta su término a mediados del siglo XX y condicionó a destacados estadistas ingleses entre los cuales Churchill fue su última y memorable expresión.

Por cierto, también la relación política chilena responde a las circunstancias y características del país. Ya a mediados del siglo XIX, un agudo observador de nuestra realidad, como fue el argentino Juan Bautista Alberti, brindaba por Chile en Valparaíso diciendo "que era la excepción honrosa de América del Sur". Siendo el patrimonio de probidad en el ejercicio de la función pública, el apego al derecho y al orden lo que nos hizo sentirnos orgullosos como chilenos, más allá de las diferencias entre nosotros que las hubo y las seguirá habiendo.

Por eso, que hoy ante la crisis profunda que conmueve a nuestra sociedad y afecta prácticamente a todas las instituciones sin excepción, y particularmente a la actividad política, mostrándonos como se pierden valores y costumbres tan queridas y apreciadas entre nosotros. Es urgente una rectificación de conducta a todo nivel tanto de los actores públicos como privados, llevando dicho proceso hasta la médula, si se quiere devolverle al país un escenario que genere estabilidad social, credibilidad y ética en todas las instituciones nacionales.

Solo así estaremos en condiciones de optimizar el modelo de desarrollo socio económico y responder a la gente. Además, habrá también que ser esencialmente pragmáticos, para lograr el bien común con propuestas concretas, viables y medibles en el tiempo.

La gente está cansada de escuchar de todos, gobierno y oposición, que habrá mejores niveles de empleos, mayores ingresos, accesos igualitarios para una buena educación, salud y bienes de consumo que permitan una calidad de vida digna. Hoy los chilenos y chilenas contrastan esas promesas con las noticias que escuchan, leen o ven, donde aparece una danza de millones de pesos y dólares mal habidos producto de faltas y delitos cometidos por algunos altos funcionarios públicos en concomitancia con unos pocos malos empresarios y ejecutivos inescrupulosos.

La actividad pública vive un descrédito generalizado. En Chile la crisis nos sacude y nos hace interrogarnos hasta dónde llegará. El fenómeno, además, se agrava porque el mundo vive una situación de conflicto compleja de la cual no podemos sustraernos aunque queramos, como ya lo hemos visto.

Esa es la crisis de la política y sus actores a nivel mundial.

La falta de un contrapeso luego de la caída del Muro de Berlín, hizo pensar que viviríamos una era de Pax Americana. Sin embargo ese desequilibrio, más el descontrol del Medio Oriente, generan las condiciones para que ocurriera el 11 de septiembre en Nueva York, que fue el preludio de esta guerra absurda en Irak, que algunos creían saber cuando empezaba y cuando terminaba al punto que las bolsas fluctuaron, al principio del conflicto, tal como los oráculos de Wall Street lo vaticinaron. Observar incrédulos como la más moderna tecnología, que podría estar al servicio de la paz, es humillada por un viejo árabe, con un arma aún más vieja, pone en evidencia que la política en su más alto nivel internacional también está en crisis. No es posible que extirpar a un dictador como Hussein cueste tantas vidas inocentes.

Y dejó constancia que el conflicto Estados Unidos - Irak, es uno de varios que las Naciones Unidas no ha podido o no ha sabido solucionar por la vía pacífica.

Ahora bien, para volver a nuestra realidad y enmarcar el entorno más inmediato dentro del cual nos estamos desarrollando, quisiera precisar cuatro elementos que estimo han determinado lo ocurrido en el país en los últimos años y seguirán gravitando positivamente en el futuro.

1°-El quiebre de 1973 donde los chilenos no supimos o no pudimos superar la crisis política dentro de la institucionalidad vigente, cayendo en una situación de fuerza para llenar el vacío de poder al que nos condujo la clase dirigente.

2°-El cambio sustancial introducido a mediados de los años 80 en la visión económica imperante, pasando de una concepción estatal o mixta, vigente desde los años 30, a un modelo liberal de mercado, con todas las consecuencias que trajo consigo.

3°-Encontrar una vía pacífica a la transición democrática, que reflejó la madurez de los principales actores políticos del régimen militar y los de la oposición de entonces; en un proceso que no aún no decanta totalmente.

4°-El hecho que la Concertación no sólo mostró realismo en lo político, sino también al asumir el modelo económico imperante, con la esperanza de perfeccionarlo para hacerlo más social y equitativo, de acuerdo a los valores de los distintos actores que la componen.

A partir de esos hechos fuimos transitando tanto en lo político como en lo económico. Podemos decir que hoy estamos en la curva descendente de un ciclo que alcanza su cima a mediados de los 80, cuando la mayoría de los dirigentes políticos chilenos encontraron una salida al régimen militar pacífica y estable.

Si bien los primeros diez años fueron exitosos económicamente hablando, quedaron, como rémoras, vacíos y vicios en el sistema institucional que hoy nos pasan la cuenta.

La necesidad de no alterar la transición hizo que se minimice la participación ciudadana. Hoy campea entre los chilenos la apatía y falta de interés por el servicio público, lo que se expresa en su nula participación y escaso compromiso cívico y comunitario.

Además se consolida una institucionalidad partidaria que al pasar el tiempo rigidiza el sistema, lo burocratiza y corrompe.

Los partidos, particularmente los que están en el poder, dejan en muchas ocasiones de ser correas transportadoras de las inquietudes ciudadanas para servir intereses personales o grupales de quienes los controlan. Esto, a veces, se hace tan fuerte que las luchas internas ocupan el afán y esfuerzo de los dirigentes, generando lealtades mal entendidas.

La perpetuación de dos bloques políticos rígidos y su falta de movilidad hace que se generen lealtades transversales, las que atentan contra la identidad partidaria, el bien común y la acción legítima de competencia por el poder. Se paralizan las acciones fiscalizadoras de control mutuo que permiten mantener la transparencia y probidad en los procedimientos. Y si bien esta transversalidad y sus motivaciones negativas son mayores en las coaliciones oficiales, también operan en la oposición donde muchas veces los intereses de determinados sectores boicotean e impiden el correcto funcionamiento de los partidos.

La crisis de la política chilena nosotros la sentimos en carne propia, por eso, cuando asumimos la conducción partidaria actuamos en consecuencia e iniciamos un proceso de profunda rectificación y sentimos que la mayoría de la militancia, simpatizantes y gente de la calle nos brinda su comprensión y apoyo por nuestro esfuerzo en corregir las cosas.

Para nadie es grato sancionar a camaradas y amigos de toda una vida, pero llegamos a la convicción que sólo si éramos auténticos ante el país, honestos con la gente y recuperábamos la mística del servicio público podíamos pararnos con dignidad y llevar el proceso de rectificación más allá de las fronteras partidarias.

Corregir a partir de las debilidades y flaquezas que todos cargamos nos hace ser humildes, pero fuertes y decididos. La gente impone a sus

dirigentes varas éticas y morales más altas que a ellos mismos, ya que es la mejor forma de respetarlos y seguirlos.

Con tal convicción nos opusimos, conocidos los primeros escándalos, a que se formaran comisiones de ética entre nosotros. Era la antesala para esconder la mugre bajo la alfombra, y sin bien los hechos eran graves para los partidos, la Concertación y el Gobierno, hubiera sido peor para Chile que no se hubieran investigado los hechos, que no se hubiera conocido la verdad y, por cierto, que no se hubiera sancionado a los culpables.

¿No ha sido esa la premisa moral que se ha agitado durante años en el país respecto del pasado reciente?

Es por eso que aprovecho esta ocasión y este auditorio, para señalar que el camino para superar la crisis por la que atravesamos, no es el de la descalificación total, ni menos pretender como algunos lo han hecho erigirse como dueños de la verdad absoluta porque desafortunadamente a lo largo de toda nuestra historia como país no hemos estado exentos de errores y caídas, iguales o más graves que las actuales, sobre todo, en una época muy reciente que nos dividió profundamente y que los chilenos no olvidan.

¡Porque jamás he buscado empatar los errores, abusos o delitos actuales con los del pasado; porque fui partidario de una salida pacífica y pactada a la democracia; porque en tal sentido entendí la vigencia original de la Ley de Amnistía; porque he asumido la responsabilidad de mi Partido en la crisis del 73 y porque nunca he renegado de los míos, con sus errores y aciertos, es que le digo al líder de la UDI que no tiene autoridad para dar lecciones de probidad, lealtad y transparencia!

Siento esta mañana, la necesidad de ser muy franco y directo. Por eso afirmo que: si algunos pretenden la alternancia en el poder les recuerdo que eso pasa por la consecuencia, la responsabilidad y por hablar con la verdad.

Al mismo tiempo, quiero reiterar mi más profundo convencimiento que si nos proponemos y actuamos con lealtad frente al país, sin buscar ventajas y dirigiendo nuestro accionar por el bien de Chile y su gente, estoy seguro que saldremos adelante y nos volveremos a reencontrar con nuestros valores y tradiciones tan queridas.

Las crisis políticas se superan cuando se enfrentan sus causas, cuando se adoptan decisiones de fondo por dolorosas que sean estas y sobre todo, cuando entre sus actores hay grandeza y no cálculos partidarios o pequeñeces.

Para terminar deseo resaltar dos cosas positivas que han sobresalido entre nosotros y que pueden transformarse en dos pilares para superar la crisis: La Justicia y el Periodismo.

La primera, con su proceder está devolviéndole al pueblo la confianza de que la Justicia es igual para todos y que no hay privilegios para los que se creen poderosos.

La Prensa, ha investigado y demostrado una independencia que esperamos mantenga y profundice en todos los ámbitos de la sociedad. Nada ni nadie puede librarse de su escrutinio serio y responsable.

Sobre el rol del periodismo, como factor que moldea y condiciona la sociedad, pareciera oportuno un llamado de atención sobre la inconveniencia de estimular falsos ídolos o metas profesionales engañosamente exitosas, como ha ocurrido en algunos medios donde hasta hace poco tiempo aparecían, como ejemplos dignos de seguir, varios personajes que hoy están claramente cuestionados.

PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO
PRESIDENCIA NACIONAL
CHILE

Destacar y estimular el esfuerzo serio y sostenido, que normalmente significa una vida llena de trabajo, enmarcada en férreos principios éticos y morales, es la mejor forma de nuestra prensa de contribuir a fortalecer una clase empresarial sana, competitiva y robusta que Chile la tiene y de la cual nos podemos sentir orgullosos frente al mundo.

Pero si bien el proceder de la justicia y la acción del periodismo son importantes, no resultan suficientes.

Resulta evidente que restablecer la confianza del país en sus instituciones requiere de un gran esfuerzo de éstas, el que debe ser serio y sostenido en el tiempo a fin de que sean hechos concretos los que resulten plenamente convincentes para la sociedad.

De ahí que nosotros,- conjuntamente con aplicar una política que no deje duda alguna respecto de nuestra determinación de proscribir tanto del ámbito público como del privado hábitos y conductas reprobables- manifestemos nuestra disposición a colaborar sin reticencia alguna en la implementación de medidas de todo orden que permitan, por una parte, recomponer el tejido político y social dañado por quienes no miden sus acciones, y por la otra, adecuar urgentemente todas las instituciones del Estado a fin de que éste, de una vez por todas, no solamente deje de representar un lastre y un límite a la acción y al esfuerzo de los ciudadanos, sino que además, a través del esfuerzo y el ejemplo de quienes escogen el servicio público, siguiendo el camino trazado por los grandes hombres que forjaron nuestra República, lideren al País y a todos los chilenos que en su trabajo de todos los días luchan por superar graves dificultades y mejorar sus vidas.

Santiago, 04 de Abril de 2003.-